

nue
1
0
de
tu
bre

Publicación de la Cooperativa Popular de Electricidad, Obras y Servicios Públicos de Santa Rosa Limitada.
EDICIÓN ESPECIAL - JULIO DE 2006 - DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Voices



*Edición especial de la revista Nuevo 1º de Octubre
Selección de poemas, cuentos y relatos de autores pampeanos publicados en sus páginas entre 1999 y 2005*

Voces

¿Es que hay imágenes que valen más que mil palabras? La formulación es simplista, altamente reduccionista y alentadora de un debate ineficaz y sesgado.

Ponemos distancia y manifestamos nuestras preferencias por otras certezas. Por caso, que hay palabras capaces de generar miles de imágenes.

Sur, por ejemplo.

Viento...soledad...

Tres modos de decirnos, otras tantas maneras de encontrarnos.

Durante más de un lustro han sido las palabras nuestras mejores compañeras. Voces del sur, voces nuestras.

Profundas y puntuales se alojaron en nuestras contratapas y retiraciones en una manifestación coral que nos enriquece y que hoy condensamos en esta entrega.

No son todas las voces pero sí las anfitrionas de otras que vendrán para dilatarse en un arco iris expresivo que pretendemos inagotable.

Nos vamos con ellas a transitar nuevos amaneceres y nos ilusionamos con la perspectiva de que las jornadas que se avecinan tengan la luminosidad que aspiramos y merecemos.

Luz para leer, para alumbrar emociones y caminos.

Cooperativa Popular de Electricidad

Realización: Prensa CPE

Julio de 2006

Rostros de Tapa: Juan Carlos Bustriazo Ortiz, Olga Orozco,
Edgar Morisoli y Juan Ricardo Nervi

Algunos poemas que rozan la muerte

*Yo, Olga Orozco, desde tu corazón digo a todos que muero.
Amé la soledad, la heroica perduración de toda fe,
el ocio donde crecen animales extraños y plantas fabulosas,
la sombra de un gran tiempo que pasó entre misterios y entre alucinaciones,
y también el pequeño temblor de las bujías en el anochecer.
Mi historia está en mis manos y en las manos con que otros las tatuaron.
De mi estadía quedan las magias y los ritos,
unas fechas gastadas por el soplo de un despiadado amor,
la humareda distante de la casa donde nunca estuvimos,
y unos gestos dispersos entre los gestos de otros que no me conocieron.
Lo demás aún se cumple en el olvido,
aún labra la desdicha en el rostro de aquella que se buscaba en mí
igual que en un espejo de sonrientes praderas,
y a la que tu verás extrañamente ajena:
mi propia aparecida condenada a mi forma de este mundo.
Ella hubiera querido guardarme en el desdén o en el orgullo,
en un último instante fulmíneo como el rayo,
no en el túmulo incierto donde alzo todavía la voz ronca y llorada
entre los remolinos de tu corazón.
No. Esta muerte no tiene descanso ni grandeza.
No puedo estar mirándola por primera vez durante tanto tiempo.
Pero debo seguir muriendo hasta tu muerte
porque soy tu testigo ante una ley más honda y más oscura
que los cambiantes sueños,
allá, donde escribimos la sentencia:
"Ellos han muerto ya.
Se habían elegido por castigo y perdón, por cielo y por infierno.
Son ahora una mancha de humedad en las paredes del primer aposento".*

Olga Orozco

Versión del opresor

*Dimas a un lado, el Mal Ladrón al otro
y al centro el Nazareno escarnecido,
lanceado en el ijar.*

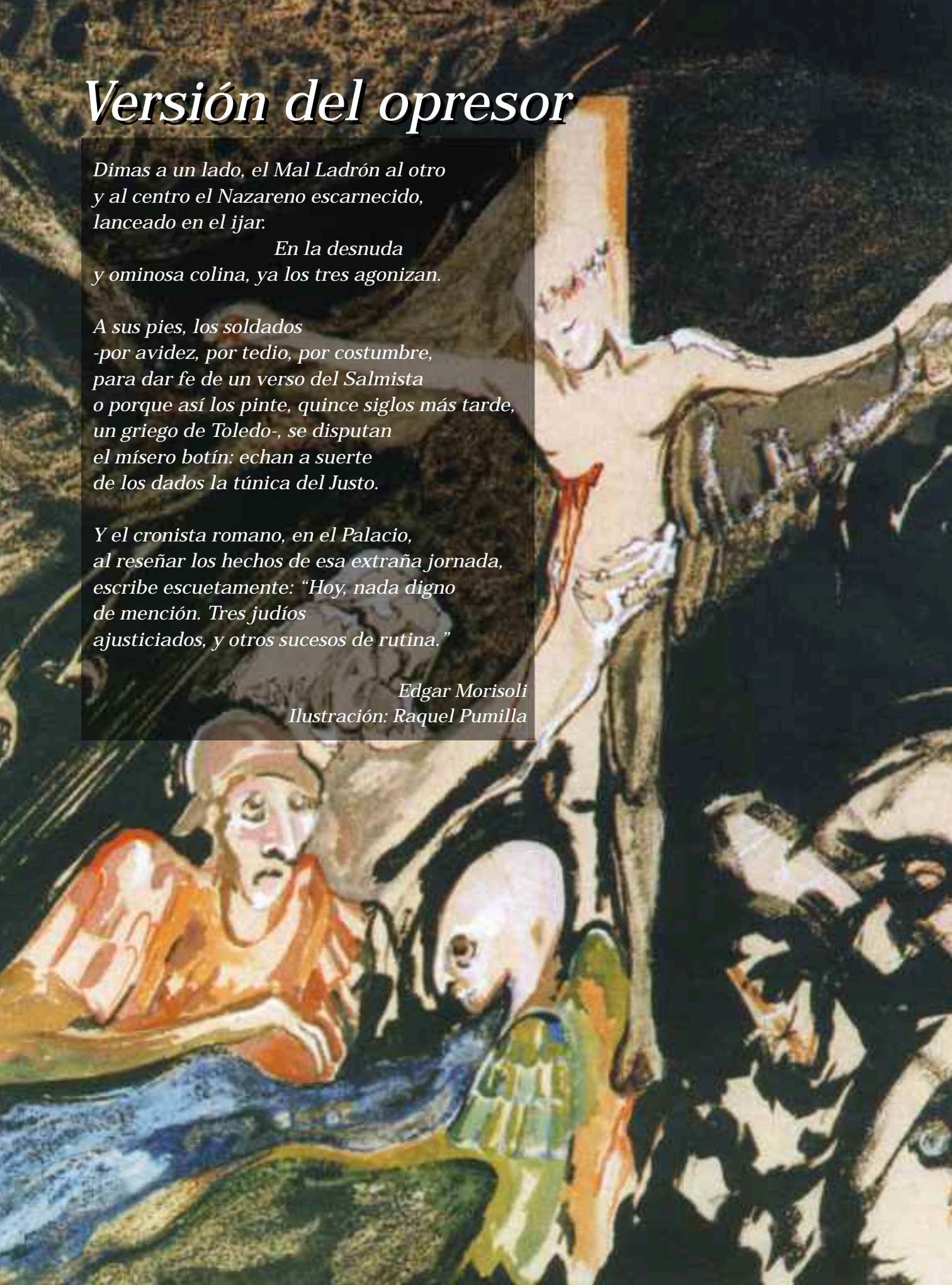
*En la desnuda
y ominosa colina, ya los tres agonizan.*

*A sus pies, los soldados
-por avidez, por tedio, por costumbre,
para dar fe de un verso del Salmista
o porque así los pinte, quince siglos más tarde,
un griego de Toledo-, se disputan
el mísero botín: echan a suerte
de los dados la túnica del Justo.*

*Y el cronista romano, en el Palacio,
al reseñar los hechos de esa extraña jornada,
escribe escuetamente: "Hoy, nada digno
de mención. Tres judíos
ajusticiados, y otros sucesos de rutina."*

Edgar Morisoli

Ilustración: Raquel Pumilla



Bairoletto

Suele cruzar como un espectro.
La noche se detiene
en las calles del pueblo,
para escuchar los cascacos
pausados,
simétricos.

"¡Es Juan...!", dirá en su lecho
don Guido Vottero.
Y tal vez salga, desvelado,
escrutando las sombras,
llamándolo.

Pero no hay nadie.
Solamente esos trancos
que se hunden en el oscuro:
uno, dos, tres, cuatro...
Acaso algún relincho,
lejano.

Pero es él ¡quién lo duda!
"anda por ahí"
buscando,
prófugo de su angustia,
cansado de huir, de tanto huir
con su esqueleto
enancado.
Tiene en la calavera
el orificio de su espanto:
el que puso una tarde entre las cejas
del turco,
un policía bravo.

Recuerda que en su huída
a caballo
un niño remontaba un barrilete,
y el cielo era un baldío
con olor a pasto.

*"¿...Y mi niñez, cómo era?
¿Cómo era yo, mamá...?
Nunca lo supe."*

Uno, dos, tres, cuatro...
Los cascacos del lunanco
percuten en la calle
por donde huyó esa vez,
con su asco.

*"¿Por qué tan solo, siempre?
¿Y por qué este rencor?
¿Fui bueno? ¿Malo?"*

Allá vivía Amieva,
acá, Alejandro Campos,
en la esquina, Cometta,
¡su testigo de cargo...!

*Volví cuando te fuiste;
me estaban esperando,
mamá,
pero estuve a tu lado
vestido de llorona
llorando.
Desde entonces, ya no;
no lloré nunca:
bebí mi llanto.
Ahora vuelvo por tí,
por aquel niño
que lloró en tu regazo.
Vuelvo en pos de la lágrima perdida,
pero es en vano..."*

Suele volver, montado
como cuando se fue.
Uno, dos, tres, cuatro:
se quiebra en la distancia
su paso.
Habrá quien se santigüe
-¡Cruz Diablo!
porque es Juan ¡quién lo duda!
y "anda por ahí",
buscando...

Juan Ricardo Nervi



Era la luz tu nombre

*Era la luz tu nombre,
vislumbrado entre sueños
en los sótanos crueles de toda dictadura.
Nuestras ansias se hicieron
dedos de suave yema
y en caricias muy tenues recorrimos tu espalda,
la dulce curvatura de tus muslos de acero.*

*Era la luz tu nombre,
libertad libertaria,
perseguida inasible vimos tu cabellera
como una llamarada que se escapa en la noche.
En los sótanos crueles de toda dictadura
era la luz tu nombre
y tu alada figura se alzó como en un sueño
y nos llevó consigo, alto, alto y profundo,
nos arrancó la cárcel, el miedo, la tortura,
nos llovió luz aún cuando
un agujero negro nos tragaba la vida.*

*Y sedientos buscamos tu boca de milagro,
tu verdad inviolable besando entre sollozos.*

*En la muerte te amamos,
libertad libertaria,
y de vos renacimos luminosos y eternos.*

Águeda Franco

Ilustración: "Ay, Patria mía", de Raúl Ponce
<http://www.arteraulponce.com.ar>

Vamos a hablar de amor

Oíste alguna vez la lluvia sobre el techo?
Aclaremos. Hablo de chapas orinadas de tiempo y de miseria;
de cocinas donde el humo negro
tiene origen de aceite y horas muertas;
hablo de ropas en que el olor a hilachas
descansa en rotos sueños.

Vale decir: esto no es "Maribel", ni "Confidencias",
esta es la perra, puta vida
de la que a cada cual le toca un poco.

Entonces, ya que estamos en esto,
vuelvo a decirte, para explicar un poco este destino
que, quieras o no quieras, padecemos:
Oíste alguna vez la lluvia sobre el techo?

Yo recuerdo. Recuerdo: entre la lluvia,
mi madre, esa madre de almidón y recuerdo
que alguna vez todos tuvimos,
levantando la "singer" hasta el techo, arriba de una mesa, para mejor usar la lamparita
que desolada, y húmeda y tristísima, apenas alumbraba su miseria;
y recuerdo a mi padre, tristemente borracho,
milenario de angustias,
doctorado de trampas, de puro zonzo, nada más;
hasta que un día se le cruzó la muerte
que convirtió en descanso su feroz, permanente agonía
de pobre tipo armado a la medida.

Oíste alguna vez la lluvia sobre el techo?
No me permitan preguntar en vano:
Oíste? La oíste alguna vez?
Recuerdo Chile. Todavía estaba sin relámpago.
En alquilado, sucio rincón de ese país heroico, inanimado, terrible,
solitario en su extensión sin nombre,
oí la lluvia, la interminable lluvia,
que a veces triza sus furiosas aureolas
con un terror mayor que el terremoto,
y los "rotos", los hermanos de suerte de nuestro "cabecita"
durmiento en los umbrales, rompiéndose las gotas
sobre las ajadisimas páginas de "El Mercurio",
en las que a diario se contaban las victorias
que lograban los secuaces de Braden.
Oíste alguna vez la lluvia sobre el techo?

Alguna vez estuve en Río Negro (vos sabés que siempre marchó al sur);
sería Navidad? Era una fiesta.
Doscientos o trescientos: mil tal vez
no supe cuántos, fue la última lluvia que oyeron sobre el techo
(por lo menos "su" techo):
vino el agua, furiosa y avenida
y se quedó con todo.

Yo estaba en el hotel
para más datos, el "Gran Hotel", de Nielsen y Vassallo:
no sentí nada. Arriba de mi pieza
había cinco pisos de estúpidos y gordos, alegres satisfechos.

Y se acaba la historia
Oíste alguna vez la lluvia sobre el techo?
Ahora, otra vez, está lloviendo.

Norberto F. Righi





Estas penas

Afuera
la lluvia inaugura
la fiesta de los grillos
y el loco carnaval
de las chicharras.

Afuera
el agua es agua
y corazón adentro
es una lágrima.
(andan rondándome las penas unos ojos alegres como alas)

Afuera
sigue el canto de los grillos
y la lluvia marcando
el tono a las chicharras
(adentro el corazón consume el fuego que titila en el fondo de una lágrima)

Andan rondándome las penas
andan las penas andan
creo que buscan el perfil
donde el silencio
hace callar la sangre.
(afuera el agua es agua y corazón adentro es una lágrima)

Andan rondándome las penas
las calladas muertes
y el espanto
(adentro el corazón quema las venas y la lluvia afuera huele a canto)

Andan las penas andan
recordándome nombres
y proclamas
(afuera los grillos y la lluvia y la monotonía de las chicharras)

Andan,
las penas
andan
y no podrá el olvido
traicionarlas.

Armando Lagarejo

"Arlequin au café"
Pablo Picasso



La casa

"...Te busco y ya no estás..."*

No, ya no estás. La casa te quería cuando abrías el cielo en la ventana, y apurabas el sol de la mañana en los bostezos de la celosía.

No, ya no estás. La casa te sentía cuando ardía la siesta en la solana, y en aquel reino ungías, soberana, los geranios en flor del mediodía.

No, ya no estás. La casa presentía esta que ahora es su melancolía, este rumor de pasos desvelados.

Hoy está sola con su llave adentro, y yo te busco pero no te encuentro en ese pasillo oscuro, en esos lados

donde fuimos felices todavía...
No, ya no estás. La casa está vacía, y en ella nuestros sueños, sepultados.

(de Sonetangos estrambóticos)

*Qué falta que me hacés
M. Caló, A. Pontier y P. Silva

Juan Ricardo Nervi

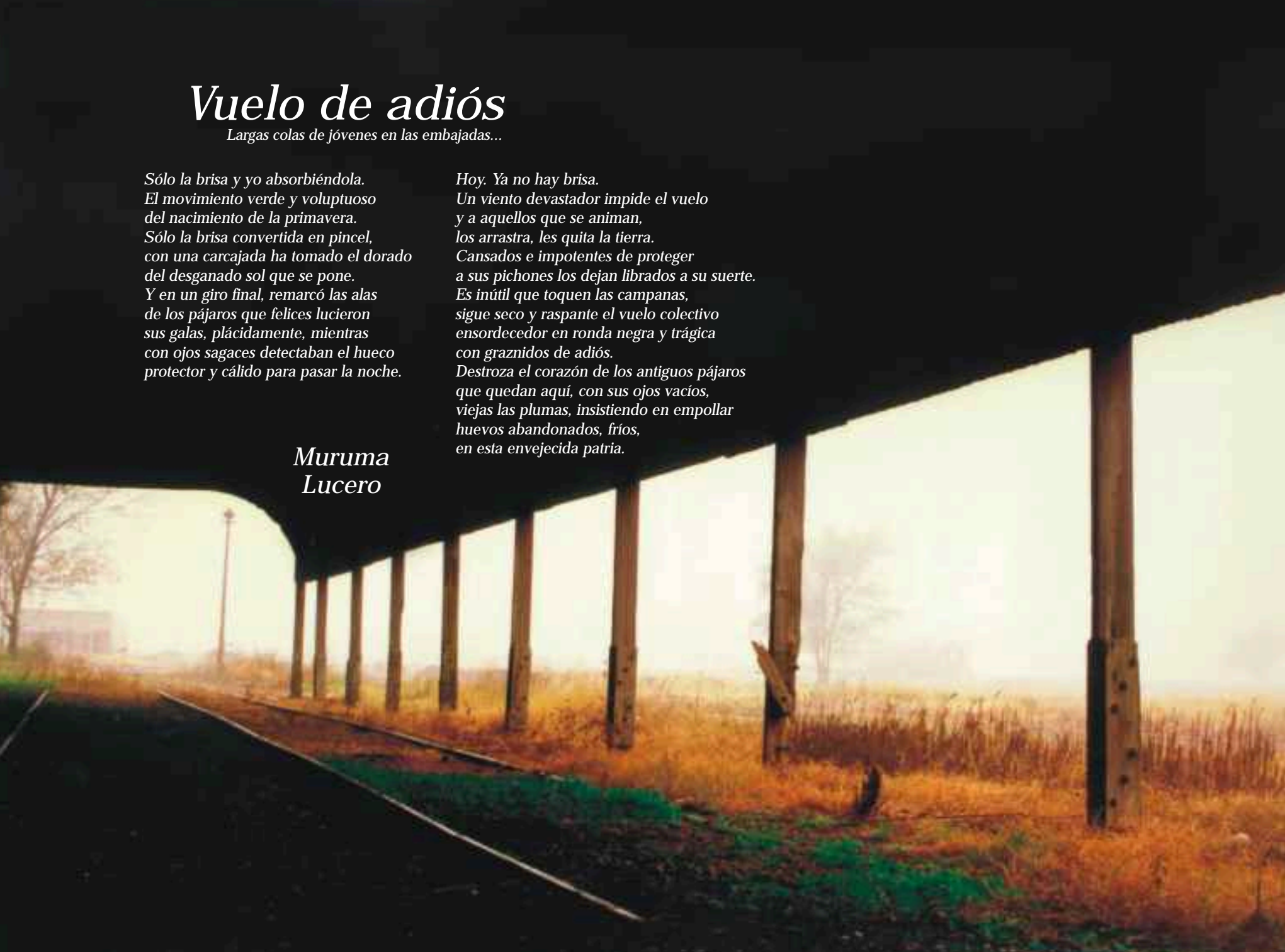
Vuelo de adiós

Largas colas de jóvenes en las embajadas...

*Sólo la brisa y yo absorbiéndola.
El movimiento verde y voluptuoso
del nacimiento de la primavera.
Sólo la brisa convertida en pincel,
con una carcajada ha tomado el dorado
del desganado sol que se pone.
Y en un giro final, remarcó las alas
de los pájaros que felices lucieron
sus galas, plácidamente, mientras
con ojos sagaces detectaban el hueco
protector y cálido para pasar la noche.*

*Muruma
Lucero*

*Hoy. Ya no hay brisa.
Un viento devastador impide el vuelo
y a aquellos que se animan,
los arrastra, les quita la tierra.
Cansados e impotentes de proteger
a sus pichones los dejan librados a su suerte.
Es inútil que toquen las campanas,
sigue seco y raspante el vuelo colectivo
ensordecedor en ronda negra y trágica
con graznidos de adiós.
Destroza el corazón de los antiguos pájaros
que quedan aquí, con sus ojos vacíos,
viejas las plumas, insistiendo en empollar
huevos abandonados, fríos,
en esta envejecida patria.*



El último caldén del día

*En la lerda quietud de la espesura,
muriéndose apenas de remanso,
aumentaba el sol sus tristes ganas
de apagarse atardeciendo entre las hojas
(...iba cayendo el último caldén del día...)
Se callaron los gemidos de los troncos
entre las curvas pulidas del acero.
Y con el dolor de las raíces apoyadas
sobre la piel rota de sus yemas,
cayó el último caldén del día...
Con su resto de tallo mutilado
como un cuerpo sin sostén, sin equilibrio,
cayó el último caldén del día...
Con su verde cabeza despeinada
zambulléndose en la tierra olor a pasto,
cayó el último caldén del día...*

*Los sordos pasos en la huella se acostaban
avanzando por detrás de las espaldas...
y en el regreso del hombre, ríos de sombra,
regresaban las muertes de la hachada...*

Teresa Pérez

*Hoy apoyé un compás
en mi provincia.*

*En geométrico abrazo
fui rodeando
el mapa triangular
de la esperanza.*

*Al levantar la mano
quedó un punto:
armonía total,
equidistancias
un llamado a las fuentes
porque es tiempo
de volver a la esencia
de la patria.*

*En la curva sur
dejé un espacio
una tranquera abierta
señalando
esos futuros blancos
de mi Antártica.*

*¿No ves arriba
un círculo de buitres?*

*¿No ves acaso el sur
que se desmaya?*

*Te dejo el punto aquel
de referencia,
es el futuro núcleo,
una llamada.*

*No hace falta decir
que está en La Pampa.*

Geometrías

Marcelino Catrón



Los de siempre

*Somos los que una tarde convocamos al viento,
cuando todos los árboles se habían quedado mudos
y la sombra sufría rutinas tan cansadas
que no valía la pena ni atreverse a la siesta.
Por eso sacudimos las hojas hasta el límite
de que sobrevivieran tan sólo las valientes,
las que no se acostumbran a vestirse de sepia,
ni a tapizar memorias; ni a jugar al incendio.*

*Somos los que venimos desde hace tanto tiempo
arreando el eslabón que falta en la cadena,
buscando la ceniza que delata los fuegos
detrás de los tapiales, alzando las banderas.*

*Y vamos a dar trabajo aún. No se sorprendan
si una mañana de éstas alguien dice:
los de siempre volvieron a la carga
por amor, por justicia, por la flor
que les quedó en las manos
al no encontrar sepulcro donde anclarla.*

*¿Será Germán Abdala?
¿Será Monseñor Jaime?
¿Frantz Fanon con sus desterrados?
¿O será Andrés Quispe que no volvió de Ezeiza
con su bufanda colorada?*

*Vamos a dar trabajo aún.
Y para ser más claros:
no nos tengan ni un metro de paciencia.
Espérennos con leguas de confianza.*

Pablo Damián Fernández



Julio

Son paseriformes, los tordos. Es decir que pertenecen al orden de las aves que pueden posarse. Lo hacen en la temporada invernal en los pinos de la plaza central y en el desvencijado ombú que resiste, estoico, las depredaciones y el paso del tiempo.

Se apoyan en las ramas, con sus tres dedos orientados hacia delante y el restante formando una pinza por detrás. De esta manera resisten la sudestada y el ingreso de sus congéneres que, por miles, se arremolinan cuando cae la tarde pugnando por la obtención de un lugar protegido en la fronda.

Hasta que se posan, ejecutan una coreografía maravillosa conformando una nube oscura y ruidosa que alegra el crepúsculo y los corazones.

La formación, que sobrevuela la plaza y las manzanas aledañas, suele crisparse cuando las ocho campanas de la catedral desarmonizan el ritual y los espanta.

Deben ser tenaces, porque regresan y se acomodan pese a que los badajos volverán a repicar luego, una y otra vez, sin poder vencerlos.

Julio Colombato solía contemplarlos con mirada extasiada mientras su café se enfriaba en la mesa de la confitería cuyos ventanales ofrecen una visión privilegiada de la ceremonia de los pájaros.

Hubo una vez que un aprendiz de Bartebly ordenó colocar petardos para ahuyentarlos. Pese a meticulosas pesquisas, producto de proclamas sin destino, ni Julio ni sus amigos lograron develar el nombre del represor.

Pasaron los meses. No se pudo establecer si fue la puesta en práctica de algún exorcismo pagano, las sordas imprecaciones de los que se deleitaban con su presencia o simple resignación punitiva, lo cierto es que las agresiones cesaron y tras un prudente alejamiento, los tordos regresaron a los pinos y al ombú.

Esta victoria fue celebrada en julio cuando la temporada indicó nuevamente sus presencias. Siempre fue una fiesta contemplarlos, estridentes, festivos, relucientes, en la ruidosa elección de sus aposentos.

Acaso algunos otros funcionarios, de los que detectan el espectro de Gramsci cada vez que alguna ocurrencia renovadora asoma en el horizonte ciudadano, habrán sido felices al conocer que hay quienes repudian a los tordos por razones ideológicas: son los que vociferan que estas aves tienen el hábito imperialista de empollar en nido ajeno.

Esta observación ideologista de la fauna hubiera despertado una carcajada divertida en Julio. Julio, ay, que cada tanto ofrecía algún comentario sobre los infantilismos en tanto recomendaba una pausa hedónica (apreciar, por ejemplo, las últimas reverberaciones del sol sobre las alas oscuras, desplegadas) para predisponer al espíritu en la perspectiva de los grandes combates.

En aquellas tardes aprendimos de él que una chispa puede incendiar la pradera, que hay una diferencia entre ver y mirar, que las ideas son esclavas de sus consecuencias.

Ofrecía sus lecciones revolviendo estérilmente su pocillo mientras las ramas de la plaza se iban poblando de murmullos.

El maestro, que echó a volar una tarde como ésta.

Quizás habite una metáfora en la persistencia de los tordos. Cómo saberlo. Lo cierto es que cada vez que asoma el invierno, que este mes despliega sus gélidos ropajes, no podemos evitar la evocación del hombre que se hizo mutis para esta época del año dejándonos solos.

Solos con nuestros pensamientos.

Solos, sin saber cómo diablos expresar tanta congoja.

Juan Carlos Pumilla

RIO NEGRO, domingo 1 de julio de 2001

CUTRAL CO-PLAZA HUINCUL (enviado especial) - "Voy a la resistencia", solía decir José Darío Mardónez, de 68 años y ex empleado de YPF, quien al cuarto día del corte de la ruta 22, frente a la torre, cayó desparado sobre el asfalto.

Don Mardónez sufrió un pico de presión que lo dejó cuadripléjico. Sólo puede mover los músculos de la cara y la mano izquierda. El hombre, que siempre gozó de buena salud, es uno de los alrededor de 300 ex ypeñanos que se turnan para mantener la medida de fuerza que él llamaba "la resistencia".

Un fueguito

*Visto desde el satélite,
un fueguito que apenas si registra la imagen.
¿Esa línea? -La ruta 22. Plaza Huincul,
Cutral Co, Ramón Castro... "Voy a la resistencia,
solía decir José Darío Mardónez",
sesenta y ocho años, petrolero cesante.*

*El viento en la meseta tiene fauces de escarcha,
silbo de ventisquero. Castiga las jarillas
y pule sin descanso esa pátina oscura
que bruñe el cantizal. "Voy
a la resistencia". ¿Frente a qué, frente a quiénes
resistía? -Se invoca
la desesperación, y yo prefiero
hablar de dignidad. Desde la altura
de Barda Negra llegan los jotes, ala inmóvil
en el aire glacial. José Darío Mardónez
-sesenta y ocho años, petrolero cesante-,
tras cuatro días en la barricada
cayó sobre el asfalto,
al estallar su corazón. Tullido
el cuerpo, cuadripléjico,
sólo sus ojos viven y miran. Preguntando. Clamando. Resistiendo.*

*En América, al Sur,
apenas un fueguito, visto desde el satélite.*

Edgar Morisoli

*Poema extraído de "La lección de la diuca"
(fondo: foto de Gabriel Rojo, de la portada del libro)*

Soneto

*Inquieta y perseguida por la estrella
y por el hambre atroz de la memoria,
he dejado en los márgenes mi huella,
muy poco aún para tener historia.*

*Soy la desconocida, soy aquélla
que ha elegido una inútil trayectoria:
uncida al desamor, seguir la noria
de las mujeres y morir en ella.*

*Gira el tiempo y compruebo mientras ando
alguna circunstancia repetida:
es el Orden, inmóvil, acechando.*

*Hasta que de lo eterno se divida
mi propio tiempo, nadie sabe cuando,
como para salvarme de la vida.*

Teresa Girbal

A sepia-toned portrait of Mariano Moreno, a young man with dark, curly hair, wearing a dark coat and a white cravat. The portrait is the background of the entire page.

Sabiecito-del-sur *a Mariano Moreno*

*Ocúltate en tu tumba de peces y de algas,
Sabiecito-del-Sur, que las estrellas del mar
muerden el cielo oscuro del océano
mientras la Patria vela sus armas todavía.
No te rindas, coral, espuma, arena
que vas y vuelves, cacharro enmohecido
tu corazón de acero . Guardías celestes
del Regimiento "Estrella" custodian el tesoro de tus sueños.
Sabiecito-del-Sur, no está perdido
Castelli entre la sangre, en altipampas del olvido,
esperando tu parte de combate, las órdenes del día.
El hambre desmaya a tu espada mayor después de Vilcapugio,
Resiste su fina porcelana porque sueña Tucumán y la victoria.
Los Chisperos funden las antiguas cadenas
fabrican puñales y arcabuces, liberan las palomas
del brazo de los primogénitos de América.
Saavedra teme porque sabes caminos de regreso
y no te han hallado entre las olas y sospechan
de tormentas y huracanes y creen verte mezclado
en la resaca de la playa, con palabras de fuego,
con furias y utopías.
Sabiecito-del-Sur
es tiempo clandestino, escarmentar tiranos,
golpear al coloniaje, marchar con los esclavos
a romper de un puñetazo las constelaciones
para salpicar de estrellas las sombras que entristecen
la desolación América, sus hijos y sus sueños.
Moreno de Mayo, la Revolución
se beberá toda el agua del mar si es necesario
para alzar de tu lecho de coral y arena,
y devolverte las armas y pedirte que marchemos juntos
otra vez, libertad o muerte, amor, América,
Sabiecito-del-Sur, utopía sin tregua de la Patria.*

Daniel Bilbao



Cuita del ermitaño

*Yo quería cantar.
Tenía una calandria
en la garganta;
mi corazón
era el de un pájaro,
y mi voz
en la sangre
se poblaba de trinos.*

*Yo quería volar.
Mi pecho era la quilla
de una garza,
y con plumas doradas
en las manos,
medía con los ojos
el espacio,
mi otro cielo.*

*Yo quería soñar.
Busqué en el Sueño
prodigiosas alas,
la fugitiva luz
del arco iris
para inventar espectros
desvelados
en mi oscura galaxia.*

*Yo quería cantar.
Volar.
Soñar.
Hartarme de Infinito,
para ser libre
de distinto modo.*

*Pero el necio animal
que me subyace,
se empecinó
en ser hombre.*

Juan Ricardo Nervi

Canción al canto de mi tierra

Para poder soñar (que es lo que cuenta)
no hay otra solución que andar viviendo
a veces inventando la esperanza
a veces engañándolo al silencio.
Cómo será la vida sin un sueño...
tal vez como los sueños sin un canto.

Así como a la flor hay que regarla
la libertad se canta y se pelea
se la sigue cantando hasta alcanzarla
y se vuelve a cantar porque no muera
el canto que soñaba Víctor Jara
es el sueño que canta nuestra América.

Porque la libertad no es sólo un lema
un hermoso motivo para el canto
es el incendio azul donde se queman
el odio, la miseria y el espanto
y no ha de haber cantor que no lo asuma
o no ha de haber traición que duela tanto.

No preciso buscar en otro cielo
ni la luz ni la sombra de este canto
puedo alcanzar el sol desde mi techo
o hundirme en el dolor desde mi patio
para volar al cielo de mi tierra
no preciso las alas de otro pájaro.

Porque la libertad no es solo un lema
un hermoso motivo para el canto
es el incendio azul donde se queman
el odio, la miseria y el espanto
y no ha de haber cantor que no lo asuma
o no ha de haber traición que duela tanto.

Roberto Yacomuzzi



Cada pueblo era casi un calco de los otros:
a la vera de trenes recién amanecidos,
dispersos, cabizbajos, los ranchitos de adobe
eran matas oscuras sobrepasando apenas
a las del pasto puna o el grisáceo olivillo.
Las casas de ese tiempo tenían corredores,
las piezas en hilera, cocinas en martillo,
postigos custodiando las frágiles ventanas
y rústicos encajes de macramé en los vidrios.
El fogón calentaba la pava ennegrecida.
El mate, omnipresente, siempre engañaba al frío.
Empecinado, el humo se instalaba en los ojos,
ponía en las paredes sus fúnebres matices
y estrellaba sus furias
en los techos de chapas que lloraban hollines.
En los patios, el pozo era un túnel sombrío
con roldanas chirriantes,
una soga dejando escozor en las manos
y al final la frescura fugándose del balde.
Cada pueblo era copia casi exacta de otro:
custodiando la plaza, una comisaría,
la escuela y el correo, la iglesia, el municipio.
Alrededor, las calles de tierra apisonada,
más allá alternan surcos de tierra y de gramilla
donde el viento enloquece con cada remolino.
Y los hombres . . . volviendo de cosechas escasas
con las manos gastadas, con los ojos perdidos.
Y los hombres . . . buscando el cómplice boliche
para olvidar pesares en el vaso de vino.



Los pueblos

Lucía Castelli



Corralera del Atuel

*La Pampa tenía un río,
yo no sé si lo tendrá,
lo habrá tapado la arena,
Santa Isabel, más allá.*

*La Pampa tenía ovejas,
yo no sé si las tendrá,
que lo digan los puesteros
por el lado de Limay.*

*Lo conocí a don Juan Córdoba;
¡vaya con la novedad!
los potreros daban gusto,
las comparsas a esquilar.*

*Le crece solo al pampeano
su sed por el arenal,
y en los charquitos que dejan
mojan la copla al pasar.*

*La Pampa tenía ríos,
yo no sé si los tendrá
la cosa está conversada
y yo la quiero cantar.*

*Julio Domínguez
el Bardino*

El adiós

Mi paisaje de piedra del pago puelche!
Ya me voy y no quiero cantarte olvidos.
Tus calientes y rojas piedras sin tiempo
han dejado salobres los ojos míos.

Tajamares del sueño, siestas de arlope!
El Salado los lleva corriente abajo
como sangre de jume o aire de chilca,
como un hondo y callado llanto de cuarzo.

Voy sintiendo que me anda mordiendo adentro
una espina salada y un gusto amargo:
ha de ser que me quiere marcar ausencias
el espíritu bravo del alpataco.

Yo me llevo las tardes de la cantera,
y el aroma embrujado de las jarillas
cuando andaba la bruma tejiendo un cielo
por la sal lagunera, Salado arriba.

Yo me llevo el rocío, el sol, la niebla,
con las lunas quemadas de los recuerdos,
y aquel trino escondido como una queja
que salía del alba, puro misterio.

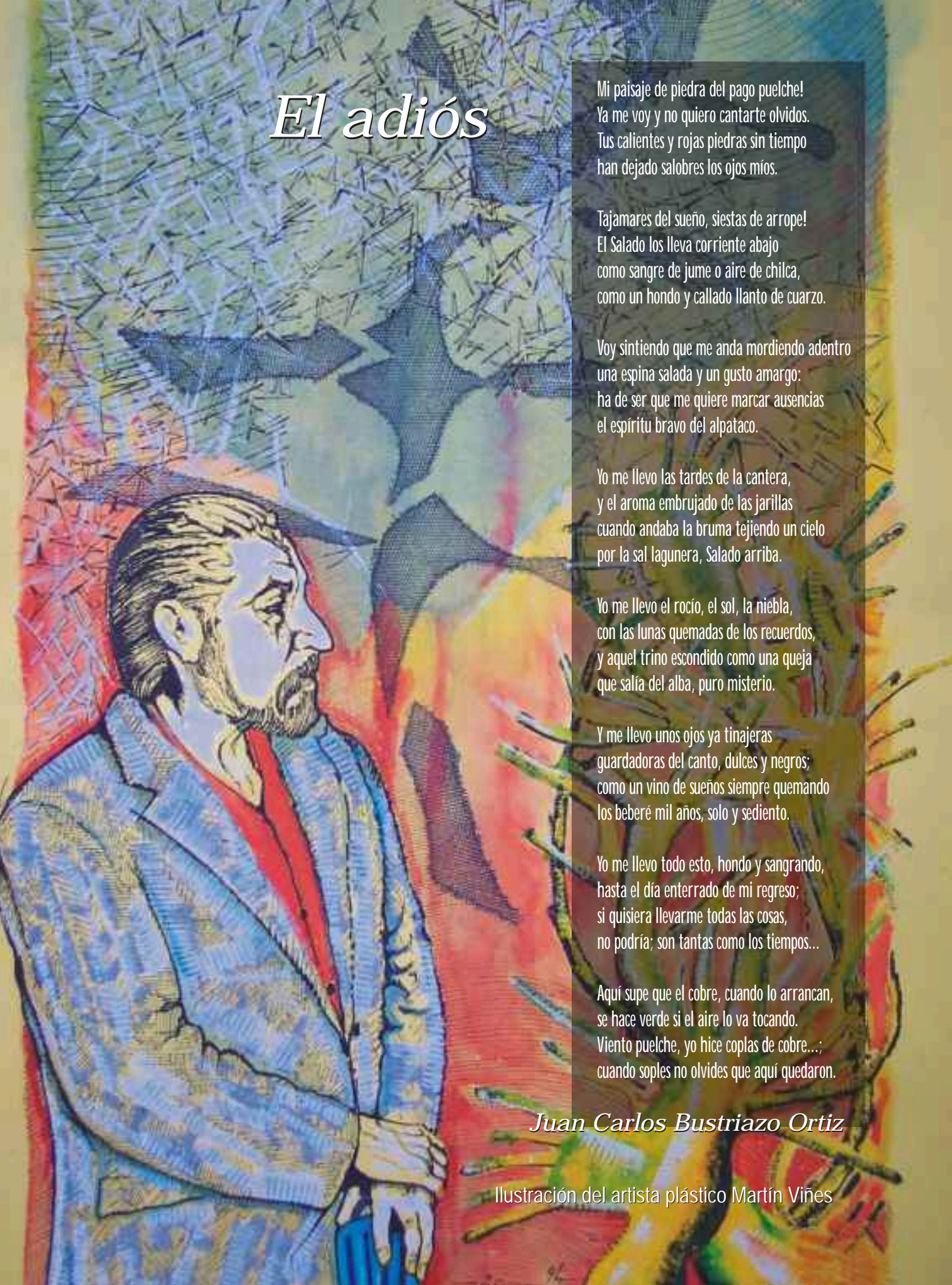
Y me llevo unos ojos ya tinajeras
guardadoras del canto, dulces y negros;
como un vino de sueños siempre quemando
los beberé mil años, solo y sediento.

Yo me llevo todo esto, hondo y sangrando,
hasta el día enterrado de mi regreso;
si quisiera llevarme todas las cosas,
no podría; son tantas como los tiempos...

Aquí supe que el cobre, cuando lo arrancan,
se hace verde si el aire lo va tocando.
Viento puelche, yo hice coplas de cobre...;
cuando soples no olvides que aquí quedaron.

Juan Carlos Bustriazo Ortiz

Ilustración del artista plástico Martín Viñes



Carta del Cacique Mariano Rosas al Padre Marcos Donati


Lebucó, setiembre 16 de 1874

Al Sr. Reverendo Padre Marcos Donati.

Mi respetado Sr. de mi mayor aprecio y respeto. Recibí su apreciada nota del 1º del que rige, en la cual me impone de las propuestas que se me hace, que yo salga a guarnecer las fronteras y formar nuestras familias a la par de los cristianos y que entonces se nos aumentarían las raciones y que me darían vacas y ovejas y nos señalarían campos donde situarnos; digo a Ud. que es imposible aceptar tales proposiciones. Mi padre, tengo a la vista los sucesos anteriores. Siempre los tengo en mi cabeza, los cuales se los haré saber por extenso: por primera vez hubo un gran traición en el lugar denominado laguna del guanaco, donde resultó una mortandad terrible luego de haber un quebrantamiento de paces, de haber puesto una cruz y jurar por ella que no faltarían a las proposiciones por ambas partes aceptadas. Por este tenor siguieron estos sucesos: segunda vez, en el lechuzo, tercera en el Sauce, cuarta en las inmediaciones de Nangueloo, y por este tenor en Luan Lauquen, en la laguna del recau, dos veces en Licanché, en Tuai, en anguil, en prenancó; Vea Ud., todos los antecedentes que tengo para no entregarme ciegamente. Yo trabajaré sin descanso a fin de conservar la paz, pero salir a la cristiandad me es imposible, porque todo hombre, Padre, todo hombre ama el suelo donde nace. Sin otro motivo lo saluda con atención y respeto.

Mariano Rosas

Texto extraído del libro "Pampas del Sud", de la Asociación Pampeana de Escritores y la Subsecretaría de Cultura de La Pampa
Foto: Toldo ranquelino. Del libro "Los rostros de la tierra", de José Carlos Depetris y Pedro Eugenio Vigne



*Esta es mi tierra y su latir el mío.
Del rudo pastizal soy un retoño.
Aquí aprendí a nacer con el estío;
y aquí quiero morir, con el otoño.*

*Llanuras, montes, leguas, luz de auroras
templaron mi alma de juglar pampeano.
Sedientos de amistad acogedora,
hallaron tibio el hueco de mi mano.*

*La tierra del caldén, airosa y brava,
sangría india de ínclito linaje,
de mi andariega vida hizo su esclava.*

*Y quedó aquí, cautiva del paisaje,
en el recodo donde el tiempo enclava
el hoy radiante y el ayer salvaje.*

La tierra del caldén

Arturo Alberto Cestino

Tiempo

*Raudamente se van, como en el viento,
veloces en su andar; siempre de prisa,
las horas juveniles de la risa
y tan solo nos duran un momento.*

*Y el dolor, con el llanto y el lamento,
en su triste compás, se vuelve, gira,
se aferra al corazón, gime, suspira,
aminora su ritmo, marcha lento.*

*Mientras tanto, rodando en el abismo,
el tiempo universal es siempre el mismo,
- y es el mismo en los cálices de arena-*

*igual para la estrella y la serena
eterna inmensidad de luces plena.
El tiempo universal es siempre el mismo.*

Victorina Carlassare



JOSÉ LUIS MACAGGI

del libro "Tiempo de Sosiegos. Memorias con Arenas".

Recuerdos en azul

Hay un color en mis recuerdos. Es un azul que encontré al levantar mis ojos de un libro. Estaba en la blusa que vestía el hombre menudo y sonriente que me preguntó qué obra leía. Mi memoria no guardó el título ni el autor del libro. Pero nunca olvidé ese azul.

Antón se llamaba el hombre. Y sus pantalones tenían el mismo color de la blusa. Durante muchos años me buscó y me halló ese uniforme de obrero, siempre sosteniendo aquella sonrisa. Se llamaba Antón y era en mi pueblo el anarquista.

Tartamudeaba incesantemente un latiguillo de zetas hispánicas. "Eztez, mi querido amigo", decía. Le gustaba hablar de cuestiones sociales y con injusticia se acusaba de ignorante.

De más está decir que Antón se había ganado toda mi simpatía. Era evidente que no lo impulsaba el proselitismo. Tampoco la vanidad de mostrar lo que sabía. Lo atoraba, sí, como un embarazo súbito alguna verdad recién descubierta en algún texto, y se desesperaba por compartirla, tal vez para sentir la más próxima y practicable.

Exhumo su memoria conmovido todavía. Y evoco su voz, recargada con el sonsonete de "eztez" en la oratoria que todos los 1° de mayo gastaba desde la tribunita que él mismo había transportado hasta la esquina más céntrica del pueblo. Su traje azul para los días feriados, blusa y pantalón opacados por una limpieza implacable, destellaban en esos atardeceres como un pedestal imponente para su retórica libertaria: "Los inolvidables mártires de Chicago, la jornada que no es de luto ni de fiesta, sino de afirmación, eztez, y de protesta".

Los sábados llegaba hasta el bar a tomar su único vino de la tarde. Y miraba a los demás consumir sus copas y barajas, como un santo que hubiera descendido a ver las cosas que suelen hacer los hombres en la tierra.

Cuando murió, en su modesta casa sólo se hallaron libros resobados, mucha limpieza y pocos muebles. Y prolijamente arrojada en papel alquitranado, enterrada, una máquina de imprimir Minerva, junto al clisé cabezal del periódico "La Antorcha", que ahora un amigo guarda como una reliquia.



Bañado donde nace nuestra pena

*Atuel, bañado donde nace nuestra pena:
lágrima seca del oeste agonizante.
Atuel: pasas cargado de oro entre la fronda.*

*Oigo tu voz:
-¿Por qué? ¿Por qué?
Oigo tu llanto de prisionero,
de rumbo marineró detenido.
Ya no mezclas tus aguas en espumas libres
sobre el lejano Atlántico.
Te cortaron las alas.
Y ahora lloras con tu canto de riqueza.
Lloras... Gimes... Atuel...
Porque tu ayer,
ese que Dios te regaló en el Génesis
te acusa con su mirada muerta,
con su esqueleto tendido en el desierto.*

*Das más pan.
Quitás todo el pan.*

*Dos hermanos tienen hambre.
Dos hermanos tienen sed.
Le niegas al más sediento,
al más hambriento,
al de los brazos más cortos,
la voz más débil...
y le dejas morir.*

*Llora río generoso.
Llora esclavo del hombre pequeño.
Tu dolor es cierto.
Tu dolor es nuestro.
Por eso
mi lágrima quisiera ser océano
para consolar tu vida mutilada.
Llora prisionero...
Allá en la costa atlántica
las gaviotas preguntan por ti
y el Colorado,
que ya sufre el dolor de la pelea
les cuenta de tu pena:*

*- ¡Te han robado La Pampa
a partir del Nihuil... !!!
- ¡El Chadí Leuvú es una roja herida
partir del Nihuil... !!!*

*Las gaviotas escuchan.
De pronto, tu gemido rebota
de desierto en desierto,
de soledad en soledad,
de hambre en hambre
y el viento compasivo
lo acerca hasta la playa.*

*Llora Atuel...
rumbo marineró detenido.
Bañado donde nace nuestra pena.*

(Mendoza, febrero de 1971)

Atuel: Lamentaciones. (Según Ciro Bayo)
Donde hay quejidos (Según Olascoaga)
Río de las lamentaciones (Según Guaycochea)

Hilda O. Correa López de Carrizo
De la obra "Con un Niño en el Alma"

Genesis

*Por aquí no pasaron los dioses con su carruaje
de fuego y de infamia.
Fue necesario el aliento largo del hombre
para que se llamara Pampa.
Sólo bastó un ciervo de barro quemado,
prisionero del monte en calandrias infinitas.
Un caldén de huraño cobre en las treguas
silbadoras del viento interminable.
Fue necesario un relámpago, alguna pena,
una raíz, una impaciencia,
la lágrima vegetal del cardo,
el hueso intransferible,
la tacuara incierta,
el ala tardía de la nube violenta.
Un cielo incontable porque fue Todo el cielo
sobre la llanura mansa como una mujer de manos nuevas.
Porque aquí no pasaron los dioses, el Hombre
se les había adelantado.
Y sólo bastó el hombre para que se llamara Pampa.*

*Diana Irene Blanco
de su libro "Pródiga"*

Cuchillo

Como perro centinela
siempre debajo la almohada.
Vela su sueño intranquilo
desvelando la venganza.

En el filo y su coraje
deposita la esperanza.
Es cosa seria el honor,
de defenderlo se trata.

Iba pisando su sombra
al tranco su malacara.
Una perdiz se hizo silbo
cruzando la huella parda.

La luna se iba con él
de sus espuelas colgadas.
Lentos grillos de la noche
con su canción ondulada.

Entra sin prisa al boliche
santuario de tanta hazaña.
Los perros de la ginebra
muerden los flecos del alba.

Hay un retumbo en sus venas
de potros de disparada.
Enciende estrellas la noche
con estrellas despiadadas.

Para entender el mensaje
sólo basta una mirada.
Tres violentas amapolas
florece apesuradas.

Corre la sangre y los hombres
no saben cómo pararla.
En una danza macabra
nerviosas víboras bailan

El fino cabo de plata
guarda un estigma en su vaina.
Y en noches de luna llena
acuchilla madrugadas.

José Martín Figueras

"Cuchillo" obtuvo el 2º Premio en el Certamen Literario de la 50ª Fiesta Provincial del Trigo de Eduardo Castex 2004.



Lluvia

Lo que tardaste, lluvia de verano,
debes pagarlo en oro de lagunas,
porque la espera fue por muchas lunas,
y tanta certidumbre, y siempre en vano.

Y siempre el hueco inútil de la mano,
y el árido miraje, y esas brunas
lejanías, latiendo sobre unas
protestas repetidas por el llano.

Pero llegaste al fin, que ya saluda
como un amanecer tu voz desnuda.
Y eres aquel amante que regresa,

y la tierra es el seno consentido
que apaga su reclamo con olvido
mientras el tacto líquido lo besa.

Miguel Iribarne

La señal

*Tengo una línea parda
que me atraviesa el vientre.*

*Es como un símbolo.
Luce color de tierra
recién humedecida
y geografía de surco.*

*Me recuerda que llevo
un agua palpitante
a través de mis venas
capaz de darse en brotes
y me relata a veces,
del pájaro que fuera
antes de transformarme
en esta tea humana
de arterias cantarinas.*

*Ahora, la luna es una olla
donde hierven mis sueños
y las estrellas huecos,
depósito discreto de mis ansias.*

*Voy a decirle al Hombre que es inútil
transitar por la vida desunidos
ya que la meta es una: tierra fértil.*

*Me crecerán dos molles en los ojos
y verbenas, margaritas del campo
o espinosos renuevos,
me arañarán la boca cuando muera.*

*Me cabe la llanura en una mano
y toda la humanidad
en un músculo recio
que escondo bajo el pecho.
No en vano tengo,
una señal terráquea sobre el cuerpo.*

Ana María Lasalle

Del libro "La Pampa y yo"

Esta publicación es posible gracias a la colaboración de muchas personas que mes a mes aportan ideas y trabajo para la consolidación de una importante herramienta de comunicación y difusión de la cultura regional, como es la revista institucional de la CPE "Nuevo 1° de Octubre". Destacamos y agradecemos también el aporte solidario de:

esde binario